

## Capítulo 2

Cuando llegaron al lugar aún era de noche, y la luz de los faros del coche en el que viajaban alumbró la escena durante unos segundos desde varios metros más atrás.

Algunos curiosos, aunque no eran horas normales, se habían acercado al lugar y se agolpaban tras el cordón policial. Todos ellos abrigados lo máximo posible, cuchicheando entre sí, irreconocibles bajo las bufandas, gorros y demás enseres de lana.

La facilidad de Esaú Torres para quedarse con imágenes de una sola mirada era de admirar, un don, se podría decir. Por ello, tanto él como el subinspector Cisco Villar se habían especializado en casos de violencia infantil y, además, en casos peculiares, por ejemplo, con enterramientos extraños. Pero esto no siempre era bueno. Le costaba demasiado borrar algunas imágenes tan dantescas como las que había presenciado en otros de sus casos, le costaba tanto hacerlas desaparecer de su mente que, incluso años después, seguía teniendo pesadillas con ellas.

Aquella escena sería una de estas y lo sabía por las caras que tenían sus compañeros al llegar, por el casi silencio que había en el lugar, solo roto por el murmullo de los pocos que se atrevían a hablar.

Villar levantó la cinta amarilla con el sello de la policía y ambos pasaron por debajo. Enseguida vio la manta metálica, la gente con guantes de látex, las señales que marcaban las supuestas pruebas y los focos de luz fría alumbrando la escena.

—Buenas noches, inspector. Volvemos a vernos.

—Hola, inspectora —dijo abrazándola y sonriendo. Coincidían a veces trabajando, y la mayoría de ellas en momentos poco alegres, aunque su presencia siempre les alegraba, ya que eran amigos.

—Vienes acompañado.

—Sí, perdona. El subinspector Villar —contestó dejando sitio a este para que saludase también con un abrazo—. Ella es la inspectora Maira González, del departamento de Científica, y está al cargo de este caso.

—Encantada.

Siempre lo hacían así, aunque ya todos se conocían. Era mera formalidad.

—Igualmente.

—¿Qué tenemos, inspectora? —preguntó asumiendo su rol de inspector.

La inspectora hizo un gesto alzando la mano en señal de que esperase unos segundos, mientras tomaba notas en su libreta negra. Después hizo un gesto diferente que interpretaron fácilmente como una invitación para que fueran con ella.

La siguieron entre los focos humeantes por la temperatura, instalados una hora antes en el lugar para adelantar el amanecer, de forma ficticia. Levantó la manta.

—Tiene unos diez años, lo hemos calculado por la estatura, pero no hemos podido identificarlo aún.

Torres miró el cuerpo de aquel niño y se persignó rápidamente. No era creyente, o al menos no practicante, pero era algo que hacía siempre, le ayudaba a concentrarse, a saber que había llegado el siguiente paso. Quizás lo hacía por respeto a la víctima o porque haber estudiado durante varios años en un colegio de curas cuando era niño le había hecho interiorizar aquel gesto.

—Manos atadas a la espalda —comenzó a datar la inspectora en voz alta. Se agachó para estar más cerca y ellos, acto seguido, hicieron lo mismo.

—¿El nudo? ¿Algún tipo de cuerda especial a priori?

—Cuerda común, blanca, de las utilizadas para tender la ropa, por ejemplo. Lo analizaremos en profundidad en el laboratorio, pero... no creo que saquemos algo relevante.

Cogió unas pinzas y tocó el lugar donde estaba el nudo.

—En el caso del nudo sí, nudo meticuloso, casi hecho a medida. Lo digo porque el que ata los pies es exactamente igual, diría que casi idéntico, parece hecho con una máquina.

—¿Estaba así? ¿Bocabajo? —preguntó el subinspector.

—Sí.

—Nunca había visto nada igual.

—Yo tampoco, Torres —respondió preocupada.

—¿Le habéis dado la vuelta?

—Estábamos en ello cuando habéis llegado.

—De acuerdo.

—¡Quien no tenga guantes que se los ponga, por favor!

Entre varias personas agarraron el pequeño cuerpo con cuidado, siguiendo las indicaciones de la inspectora González.

—Tened mucho cuidado, por favor.

La cara angelical de aquel pequeño estaba amoratada, el pelo moreno y abundante peinado a raya, como si fuera reciente; y, gracias a Dios, los ojos estaban cerrados. «No habría soportado verlos abiertos», pensó Torres en silencio.

—¿Qué ve, inspectora? —preguntó intentando concentrarse en el trabajo.

—Creo que la causa principal de la muerte podría ser el ahorcamiento. Mirad —dijo señalando con el dedo—. Es un hilo de nylon, de los que se utilizan para pescar. Incluso lo tiene clavado en algunas zonas del cuello, lo que significa que fue apretado con mucha fuerza.

—¡Qué barbaridad! —exclamó Villar.

—¡Tiene algo en la boca! Las pinzas y una bolsa, por favor.

—Sí, inspectora —contestó su ayudante antes de alcanzárselo.

—¡Es una piedra! —dijo ella segundos después.

—¿Qué? —preguntaron varias personas.

«¿Una piedra?», se preguntó a sí misma, mirando el objeto, muy extrañada.

—¿Qué significa? —quiso saber Torres.

—No lo sé, juro que no lo sé —dijo Maira negando con la cabeza—. Creo que tiene la lengua cortada. Pero aquí no veo mucho más. Además, está llegando más gente; deberíamos llevárnoslo de aquí cuanto antes. En el anatómico forense podremos obtener más información.

—¿Mañana sabremos algo?

—Eso espero. Si dependiera de mí, otro gallo cantaría, ya lo sabes, Esaú. No puedo decirte un tiempo concreto. Aún quiero que demos una vuelta más aquí, pero pueden llevarse el cuerpo ya —dijo haciendo un gesto con la mano, bastante intuitivo—. Los demás, por favor, examinad todo meticulosamente y con cuidado, que nos conocemos —dijo a su equipo con confianza.

—¿Podemos acompañaros?

—Por supuesto, ¿es que no te lo han dicho? El caso es vuestro también. Volvemos a trabajar juntos, no es solo de Científica. En cuanto vi el cuerpo supe que necesitábamos tu ayuda, rubito. —Esto último lo dijo en un volumen un poco más bajo, lo que los hizo a ambos recordar su primer día juntos en la academia.